

LA NOVELA SEMANAL



ARTEMIS

Por Enrique Larreta.

PRECIO: **10** Centavos

En el que se prueba que no siempre es indiscreto escuchar conversaciones ajenas, por el provecho que de ellas puede sacarse.

Almorzando con un amigo la otra mañana, toconos ser vecinos en el restaurant, de una interesante pareja, la cual, sin cesar de comer, no daba descanso a la lengua, y en alta voz sostenía el siguiente diálogo:

—Mira Eufrasia — decía él — a Enriquito Lagomarsino, que está devorando en aquella mesa — y señalaba un joven alto y delgado, — me asombra todos los días con la enormidad de platos que ingiere, lo que constato desde hace dos años, en que ambos somos parroquianos infaltables, y digo que me asombro, porque no veo que le surta efecto, pues siempre continúa delgadísimo.

—No me llama ese hecho la atención, Roberto, pues es muy común.

—¿Cómo así?

—Pues, sencillamente, ese joven no asimila la alimentación, que pasa por su organismo sin dejar vestigios.

—No puedo comprenderlo.

—Sin embargo, te ofreceré un símil que lo explicará fácilmente. Así como hay trigo que se va en vicio, y no obstante su lozanía produce poco grano y de mala calidad, así también la alimentación, por abundante que sea, si no encuentra en los órganos digestivos ciertas substancias que permitan asimilarlo, no da absolutamente ningún resultado, como le ocurre al joven de que me hablas.

—¿Y existe alguna medicación que facilite al organismo las substancias de que carece?

—Existe un producto denominado "SARGOL", que ha ensayado con eficacia mi amiga Clara, el cual contiene una combinación química que permite a los delgados asimilar sin desperdicio los alimentos, que se traducen desde las primeras tomas en aumento de carnes.

.....
Esta conversación, sostenida como decimos en alta voz, oyóla también otro comensal próximo, quien, hallándose en el caso de Enriquito Lagomarsino, buscó el producto, lo halló y su empleo le está dando espléndidos resultados. Con esto dejamos demostrada cuán verdadera es la sentencia que nos sirve de título.

El "SARGOL" está en venta en todas las droguerías y farmacias acreditadas.

La Novela Semanal

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

Agente en Montevideo: C. CHECHI

APARECE TODOS LOS LUNES
CON UNA OBRA COMPLETA E
INTERESANTE DE LOS MEJORES
△ ESCRITORES ARGENTINOS △

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
AGOTADA — EN REEDICIÓN
2. **La Huelga**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria)

El Lunes próximo se publicará

UNA MADRE, EN FRANCIA

de BELISARIO ROLDAN

SUCESIVAMENTE

5. **Luna de miel**, de Manuel Gálvez
6. **La psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Don Juan y Werther**, de José Ingenieros
8. **Un peón**, de Horacio Quiroga

PRECIOS

Por ejemplar \$ 0.10 Atrasado \$ 0.20

Suscripción única, por año \$ 5.—

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

PUBLICAMOS en este número "ARTEMIS" original de Don Enrique Larreta, genial autor de "La Gloria de Don Ramiro". "ARTEMIS" escrita en su mocedad, fué uno de los primeros pasos dados en la senda que habían de llevarlo a la suprema consagración de su talento.

A nuestros insistentes pedidos, fué autorizada la publicación de esta joya de la literatura nacional, tachada por su autor de "curiosidad". La belleza de la concepción y el interés del relato, darán al lector medida mas exacta de su valor que nuestra sincera y humilde opinión.

Hemos logrado del Dr. Larreta, la promesa de que en breve nos entregará un trabajo especial e inédito para esta novela, dispuesto a ayudarnos en esa forma al logro de nuestro fin y convencido de la bondad de nuestra empresa.

LA DIRECCIÓN.





ARTEMIS

NOVELA ORIGINAL DE

ENRIQUE LARRETA

*¡Salve, oh, muy bella, la más bella de las
Virgenes del Olimpo, Artémis soberana! Te
doy esta corona tejida en intacta pradera
nunca tocada por la hoz, donde jamás han
pacido rebaños, sólo visitada por la abeja
primaveral y que el Pudor fecunda con su
rocío.*

(EURÍPIDES. *Hippólito*.)

Era un hermoso día de Grecia. El gran cielo puro desplegaba velos de oro sobre el valle de Olympia. Hacia el oriente los montes de la Arcadia se alejaban como olas de un mar iluminado; mientras el vecino Cronio interponía por el norte su falda cubierta de laureles florecidos, y las monta-

ñas de Trifilia cerraban el sur con sus escarpamientos estériles y pedregosos que brillaban al sol.

En medio del valle, asomando por arriba de sus propios muros, coronada de santuarios, de ex votos, de estatuas innumerables, de pórticos, de carros de triunfo, la ciudad sagrada recortaba sobre el azul del cielo su acrópolis blanco. El radiante medio día reverberaba en los mármoles y clispéaba, aquí y allí, en las tejas doradas de algún templo.

Fuera del estadio, donde en aquel momento se celebraban los juegos de la olimpiada nonagésima, todo estaba entonces silencioso y casi desierto. Apenas si algunos vendedores descansaban a la sombra adormecedora de los toldos en las tiendas esparcidas por la llanura, o algún sacerdote cruzaba solitario las calles asoleadas del Altis. Sin embargo, como traído por el vuelo inseguro del viento, vago murmullo, que se apagaba y renacía por instantes, llegaba del otro lado del Alféo. Era el bullicio de las mujeres a quienes las leyes prohibían, bajo pena de ser precipitadas desde lo alto de una roca, la entrada en el Circo, y que, reunidas en la margen opuesta del río, se consolaban con escuchar, a distancia, el estruendo de las aclamaciones que estallaban como el embate intermitente y lejano de un mar.

Así, a la sombra de los grandes árboles, unas hablando sin cesar, otras dejándose adormecer por el rumor delicioso de las aguas, esperaban la terminación de los juegos: las hermanas, las esposas y las madres de los atletas, que habían querido seguirles hasta la misma Olimpia, las hetaíras venidas en busca de un mercado de amor, y las innumerables curiosas arrastradas por la ola de la peregrinación y la grandiosidad de las fiestas.

Veíanse allí mujeres de todos los pueblos: élias, árcades, mesenias, megarenses, sicilianas esbeltas, jónicas del Asia Menor y de las islas, las que habitaban la divina Atenas y Rodas y Creta la de golfos azules; las hijas ardientes de Lesbos y

Abidos, rica en palomas, las nacidas en las colonias del Mediterráneo y en las riberas brillantes del Euxino. Confundida de aquella suerte la femenina multitud, llenaba de un vasto rumor claro el hechicero paraje. La hierba extendía su tapiz suntuoso estrellado de anómonas primaverales, por debajo de los pinos, de las encinas, de los plátanos, del rojo madroño, del mirto, del laurel que, entrelazando sus foilajes, formaban hondos senos oscuros, frescos como grutas, donde los insectos rayaban el agua de los estanques dormidos, y los sátiros de piedra, pelosos de musgo enseñaban entre las hojas su testa bicorne.

Donde los caminos se reúnen en agreste encrucijada, extendida en su silla ateniense, junto al tronco de un roble y rodeada de esclavas numerosas, Mircia, la joven cortesana, entrecierra los ojos e inclina sobre el hombro su adorable cabeza coronada de rosas.

Como brilla Artémis y se la reconoce entre su cortejo de ninfas, así resplandece ahora, entre todas las mujeres, la encantadora Mircia, y su frente reluce como una estrella.

Teñida de pálido azafrán y bordada a la manera asiática de flores desconocidas, la tela transparente de su vestido toma sobre su piel rosada el color de la aurora. Un estrofión de perlas sustenta por debajo sus firmes senos en flor, y desprendidos los broches de oro del péplos vése nacer, su fresca garganta desnuda, con la gracia de una fuente. Ajústale el cuello prodigioso collar con las nueve musas cinceladas en la veta lechosa de una gema celeste como el cielo, y una ajorca de baccante acentúa, con raro incentivo, la delicadeza sensual de sus pies, calzados por sandalias de marfil, dignas de una diosa.

Todo es en ella luz, gracia, armonía. Ideal resplandor rodea su belleza serena y fatal como la calma de los mares. La luz del sol no era más brillante que sus cabellos diáfanos, y su sola mirada desconcertaba los sentidos.

Si pueden darla los triunfos del amor, ninguna mujer al-



Así resplandecía entre todas las mujeres la belleza de Mircia.

canzaba entonces en Grecia la gloria de Mircia. Nacida en la populosa Corinto, y destinada desde temprano por sus padres al templo de Afrodita, recibió en aquel famoso seminario de cortesanas la más completa educación amorosa. Luego, tan pronto como pudo considerarse dueña de su vida, se estableció en Atenas; y sin hacer nada de su parte para atraer las adoraciones, con la sólo magia de su belleza impasible, la nueva reina de la Hetairía vió rodar a sus pies, como un río, el oro de los ricos mercaderes, los homenajes frenéticos del arte y las guirnaldas de flores de los mancebos. Donde quiera que guíara sus pasos atría en pos de sí las miradas y los deseos, y todo era incompleto en Atenas sin su presencia. La brillante cortesana era la púrpura de las fiestas, la copa dorada del vicio, la rosa de las orgías, ¡Cypris misma! El oro hacía crugir el cedro de sus cofres, y su nombre viajaba de ciudad en ciudad, aborrecido por las esposas y cantado por los poetas.

Sin embargo, Mircia no era dichosa. Había creído llegar por la riqueza y el renombre a la satisfacción de sus anhelos inmensos; pero su naturaleza era demasiado selecta para ello y, como un histrión fatigado de su vida ficticia y tiránica, así ella sentíase ahora esclavizada por su gloria y privada, tal vez para siempre, de las pasiones libres; de los sacrificios ciegos y voluptuosos del amor; y ya su espíritu comenzaba a doblarse bajo el peso del hastío como una débil rama bajo la nieve.

¿Qué le valía todo aquel oro arrancado, a fuerza de astucias lamentables, a viejos mercaderes? ¿No hubiera sido, acaso, más feliz con la sola dicha de un amor verdadero?... Estos pensamientos angustiosos rodaban ahora por su espíritu, despertando a la vez el recuerdo de los efebos apasionados, llenos de vigor floreciente y en toda la gracia de la juventud, que habían suspendido en vano tantas coronas a su puerta, y el íntimo murmullo de la meditación cerrábale los azulados pár-

pados manteniéndola alejada de los círculos bulliciosos de las demás cortesanas.

De pronto, dos gritos agudos que dominaron el rumor de las conversaciones, la hicieron abrir los ojos. Era la voz femenina y destemplada de Calipo, intermediario galante de las hetairas, personaje abyecto, seco, enfermizo, de piernas y brazos miserables, de ojos serviles. Vestía su cuerpo el lino azul de una túnica plebeya y colgaban de sus orejas, dos aros de madera.

Durante los juegos, Calipo, en un incesante ir y venir del Alféo al estadio y del estadio al Alféo, mantenía informadas a las mujeres de los más pequeños incidentes de las luchas y del nombre de los venedores aclamados por el heraldo; y allí volaban por el aire las pesadas monedas con que las nalgas cortesanas retribuían sus servicios, apuntándole a la calva, desde lejos.

— ¡Dryas! ¡Dryas! — exclamaba ahora. — ¡Vencedor en el pancracio!... — Y llovían las preguntas.

— ¿De dónde?

— Cazador de Mesenia.

— ¿Es muy fuerte?

— Es más diestro que fuerte. No ha recibido un sólo golpe. Mañana luchará también por las tres coronas del pentatlo.

— ¿Es hermoso? — preguntaba otra.

— ¡Parece un dios! — agregaba Calipo, jadeante por la carrera.

Entretanto, la tarde declinaba despertando los céfiros húmedos. Las montañas alargaban sus sombras sobre el valle. En el bosque sagrado el sol horizontal comenzaba a filtrar profundamente su polvo de oro porpúreo, y los pájaros golpeaban el follaje buscando sus nidos; y así como asoman a veces por todas partes y se dispersan en los aires las doradas abejas en zumbadora nube, así ahora por todas las puertas del estadio tumultuoso y alegre, una turba inmensa comenzaba a inundar

la llanura, continuando sus disputas debajo de los pórticos, vitoreando a los vencedores, corriendo a las tabernas y haciendo crugir la arena bajo las sandalias numerosas.

Un clamoreo enorme subía de aquel océano viviente. Los hombres venidos de las más apartadas regiones se disputaban con desesperación el puesto a lo largo de los caminos, para ver pasar a los grandes personajes cuya celebridad había traspasado los confines de Grecia, o admirar la pompa de las *teorías* y el desfile de los helanódicos, que presidían los juegos con sus largos sayos de púrpura. Y mientras la sudorosa multitud invadía, luego, entre los gritos de los vendedores, las habitaciones de los peregrinos, las tiendas, las tabernas, el Pæcilo, el Bulenterión, los pórticos y los terrados, las mujeres abandonaban su retiro y se esparcían por el camino que venía del mar festoneado, de uno y otro lado, por una hilera de templos, de estatuas y de pequeños boscajes que se sucedían armoniosamente en el oro de la tarde tranquila.

Mircia no quiso disputar a otras el camino, y sólo cuando todas las mujeres hubieron desaparecido detrás de los árboles, subió en su litera y se hizo llevar por sus fuertes esclavos, que marcaban a compás el paso sobre el polvo.

La muchedumbre se abría ante ella, y la hermosa hetaíra adelantaba, por entre aquel pueblo adorador de la belleza escuchando su suave nombre de Mircia balbuceado dulcemente como el de una diosa favorable.

A un costado del camino de Pylos, una eminencia formaba como una terraza natural, y sobre ella levantábase un viejo pórtico, presente de los mesenios a la ciudad santa de Olimpia. Desde allí la vista se volcaba extensamente sobre la llanura hasta las más lejanas perspectivas del valle. Al pasar junto a él, Mircia ordenó a sus esclavos que subiesen las gradas. Una vez arriba descendió de la litera y comenzó a pasarse tranquilamente por delante del exedra. El andar sabio, rítmico que se aprendía en los seminarios, animaba extrañamente su

belleza, y al pasar entre las columnas su armonioso contorno se recortaba sobre el fondo del cielo como las serenas figuras pintadas en las ánforas.

En poco tiempo el camino se llenó de gente. Mircia parecía no advertir aquella muchedumbre que se agolpaba a sus pies, y de donde las miradas partían como flechas hacia ella. Algunas amigas se le juntaron, y poco después comenzaron a llegar los compradores de amor.

Hoplitas enriquecidos en la guerra y adornados con las joyas de los muertos; viejos mercaderes queriendo gozar al fin del fruto de su trabajo, y llegando tarde al placer; marinos tostados por el viento del mar y oliendo a aceite de pescado; filósofos sensuales, políticos solemnes, artistas envanecidos, todo aquello comenzó a agitarse, como una jauría, en torno de la carne perfumada de la hetairas.

Entretanto, sobre la otra margen del río, un tumulto se movía en dirección al puente más próximo. En su centro distinguíase un personaje esbelto y teatral que arrastraba el manto resplandeciente de los afeminados. La plebe ateniense le seguía aclamándole con delirio. Algunos curiosos trepaban sobre los hombros de sus compañeros para verle pasar.

Era Alcibiades, en todo el esplendor de su renombre. Después de haber roto la paz de Nicias y conseguido la alianza de Argos contra Esparta, enviaba ahora siete carros a los juegos de Olimpia, lo que no habían conseguido jamás ni las ciudades, ni los reyes. Al llegar a un declive de la ribera, donde la tierra se mostraba polvorosa y removida como en esos parajes por donde los animales bajan a beber a los ríos, se detuvo, y una multitud de cuidadores de caballos, de peones, de aurigas y toda clase de gente hábiles en el manejo de los carros, le rodeó al instante. Uno de sus cocheros traía asido por la oreja a un caballo todo blanco, cuya piel tenía un brillo de nieve. Era un tésalo ardiente, elástico, fogoso, de formas llenas, el ojo espantado y la nariz por dentro roja de sangre. Parecía es-

capado con vida de un marmóreo carro triunfal. Alcibiades examinó con amor aquellos tendones poderosos que guardaban una parte de su más anhelada gloria: el triunfo de los hipódromos, "donde los corceles corrían más veloces que la piedra de la honda y que la flecha misma".

A alguna distancia, siguiendo los pasos de Alcibiades, venía un viejo Sileno, sobriamente vestido, de rostro aplastado, de labios gruesos, de barba filosófica. Seguiale, a su vez, un risueño auditorio, ante el cual discutía sobre la naturaleza de la Verdad con un sofista famoso de Cirene, que caminaba enmudecido al lado suyo. Como poseído por una divinidad familiar, gesticulaba, extendía ambas manos, se detenía por instantes, y proseguía luego su camino, mirando al cielo y a los árboles, mientras las palabras zumbaban en sus labios como laboriosas abejas primaverales. ¡Bien conocido era entonces en Grecia el nombre de Sócrates!

Entretanto, Alcibiades cruzó el puente, continuando su paseo por el camino del mar, y su nombre corrió por la turba como los ecos sucesivos de las montañas: "¡Alcibiades! ¡el Almeónida!" murmuraban todos los labios; y las cortesanas se estrechaban en la terraza para mirarle, estremecidas por aquel nombre que representaba para ellas el más enloquecedor de los sueños. Unas se extasiaban ante la finura de sus cabellos ondulantes, peinados con el corimbo de las doncellas y prendidos sobre las sienes y la frente con brillantes cigarras de oro; ante la insolente elegancia de su andar majestuoso; ante la belleza de su rostro, donde los dioses habían reunido armoniosamente todo lo que hay de hermoso en el hombre y la mujer; — otras miraban fascinadas el primor de sus sandalias o la esplendidez de su manto resplandeciente que arrastraba en el polvo.

Caminaban junto a él Calias, hijo de Hipónicos, Teodoros, Antiocos, Polytion y el célebre Zeuxis, cuya clámide llevaba escrito varias veces su propio nombre en letras de oro.

Aquel grupo iniciaba el desfile. La multitud se movía por detrás desbordando los caminos.

De pronto, cuatro esclavos, haciendo resonar las gradas con su calzado de palo, lanzaron sus altas voces, como hondazos, pidiendo paso entre la muchedumbre, y, una vez en el pórtico, depositaron sobre el suelo una suntuosa litera fabricada con maderas raras del Asia. Sus cortinas celestes con pesados flecos de plata se descorrieron, y por entre ellos asomó la cabeza monstruosa de Megabasis de Sardes, el más rico comerciante de Atenas, el rey del oro en el puerto del Piréo.

Megabasis se apeó de su litera y se puso a caminar pensativamente en dirección a las cortesanas. A cada movimiento su vientre enorme oscilaba a uno y otro lado bajo la riquísima túnica. Iba cubierto, como un rey bárbaro, de collares, zarcillos, ajorcas y sortijas incontables que acentuaban su fealdad. En el ancho rostro amarillo, encuadrado por la cerda hispida y grasienta de los cabellos, sus pupilas duras brillaban como los ojos de esmalte de un ídolo.

Las hetairas sintieron especial interés por aquel nuevo personaje. Mircia, sin embargo, sentada en el banco del exedro, dió poca importancia a la aparición del asiático y continuó charlando animadamente con el círculo de admiradores y de amigas que la rodeaban como a una reina, hasta que sus ojos se detuvieron con intensa curiosidad en un tumulto que invadía ahora la terraza aclamando a un joven atleta. “¡Es Dryas de Mesenia, vencedor en el pancracio! — exclamó el escultor Pylades. — ¡Por Zeus! jamás he visto un cuerpo más hermoso, ni más noble cabeza, y que manera de luchar! ¿Le vistéis? — cotinuaba dirigiéndose a los hombres — ¡Con que seguridad resistía los ataques y con que astucia engañaba a sus adversarios, para que descubrieran el sitio donde quería asestar su golpe poderoso, sin perder jamás la nobleza de la actitud! ¡Qué vigor y al mismo tiempo que esbelta elegancia! Al verle se experimenta, como ante las bellas estatuas, la ten-

tación de tocarle y sentir bajo la mano las ondulaciones armoniosas de los músculos. Hay algo de divino en su cuerpo. Parece el mismo Pírotóo de nuestro templo de Zeus con el fuego de la vida”.

A un gesto de Mircia, un guerrero de altos hombros se dirigió fuera del pórtico. Al caminar dejaba oír un ritmo de bronce. Era Polictor de Tebas, famoso estratega, valiente como Aquiles. De pie sobre las gradas comenzó a hacer señas al grupo para que se acercase. Su coraza reflejaba la luz roja del poniente. El penacho negro del casco flameaba en el viento, y sus ropas de púrpura asomaban por entre las placas de bronce como la sangre de las heridas.

Sus ademanes fueron pronto comprendidos. El efebo, con los ojos encendidos por la embriaguez del triunfo, caminaba como aturdido entre el clamor de las ovaciones. Algunos compatriotas se disputaban el puesto a su lado para dejar comprender que eran amigos del vencedor.

Como una luz que brilla de pronto en la noche, así la belleza de Dryas atrajo todas las miradas. Armoniosa gracia se desprendía, como una claridad, de todas las formas de su cuerpo, vestido apenas de la escasa túnica dória. La fuerza no había deformado su finura viril. Sus negros cabellos encrespados y ceñidos sobre las sienes con simple cordel, formábanle como una corona de jacintos, en torno de la pequeña cabeza sostenida con vigor por el cuello poderoso. Un fuerte surco dividía en dos su pecho como en el doble relieve de un peto de bronce. Conociase que el calor del sexo no había quemado aún la flor intacta de sus labios, finos como los de una virgen, y la expresión de timidez selvática de su mirada revelaba, al pronto, la plena inconsciencia de su belleza soberana.

Entretanto, Mircia no apartaba un instante sus grandes ojos del mesenio; contemplaba su cuerpo floreciente, cubierto todavía por el polvo del estadio, su noble cabeza donde brillaba el resplandor divino de los vencedores; y, de pronto parecíale

sentir que desde aquellas pestañas oscuras Éros le disparaba su flecha infalible y fatal. Así, al verle pasar indiferente a las solicitudes amorosas de las cortesanas que le tiraban de la túnica, se oprimían sobre él o le deslizaban al oído palabras lascivas. Mircia, con un esfuerzo íntimo, frenético, que sólo conoce la mujer, atrajo hacia sí los ojos del atleta y clavó en ellos la más ardiente, la más honda de sus miradas. Dryas se detuvo desconcertado, vaciló un instante, y luego, bajando la cabeza, continuó su camino entre el estrépito de los aplausos que estallaban a su paso como un aleteo innumerable.

Fué entonces que la cortesana, cuyo corazón palpitaba todavía, escuchó junto a ella la voz de Megabasis que murmuraba con amoroso acento: — ¡Salud, blanca Mircia! — Y añadía después de breve intervalo: — Esta noche Megabasis escoge a Mircia y le ofrece treinta minas por su amor. La hetaira, por única respuesta, meneó negativamente la cabeza. — Y bien, cuarenta minas, agregó entonces el mercader. — Ni cuarenta, ni mil, ni todo tu abominable dinero, contestó la cortesana con exasperada violencia. — Y Megabasis con una agria sonrisa de despecho: — Pero, Mircia, exclamó, ¿por qué tanta soberbia con los viejos amigos? ¿Has olvidado ya cuantas veces se te encendieron los ojos de alegría al leer tu nombre y el mío en el muro del Cerámico, seguidos de espléndida oferta y cuántas mi generosidad te libró de impacientes acreedores? Y ahora...

Como cuando un rayo de crepúsculo resbala súbitamente sobre la nieve, así la excitación encendió entonces el rostro pálido de Mircia. Atiesó el cuerpo, y tomándose las manos sobre la rodilla, con los brazos rígidos, fulminó al mercader sin darle tiempo a que terminase su frase.

—¿Quieres saberlo? Y bien, desde hoy te aborrezco a tí y a todos los que como tú viven sin más gloria que el lucro. ¡Por los dioses! ¡antes dejaré que el hambre me seque la vida, que dejarme tocar por una boca de mercader!

El asiático se enrojeció; la sangre inyectaba sus ojos y su rostro todo se demudó con una contracción indescriptible, sólo comparable al gesto espantoso de las gorgonas funestas... Pero una de las hetairas, más oportuna que sus compañeras, pasóle el brazo por encima del cuello amorosamente y se le llevó consigo.

Las horas huían; la luz se apagaba en el cielo. Todas las formas tomaban contorno ceniciento, indeciso, en la mortecina luz del crepúsculo. Extensa bruma dorada flotaba al pie de las montañas. Los horizontes se poblaban de largos gritos lejanos.

Ya la multitud se recogía a las instalaciones innumerales que rodeaban el Altis, y las mujeres comenzaban a perderse, aquí y allí, en la sombra.

Mircia llamó a Calipo, y colocándole en la mano una moneda de plata, se puso a escribir en una de sus tabletas.

“Dryas: Una traición se prepara contra tí, para mañana, en el juego del pentatlo. Si esperas esta noche donde te indicará Calipo lo sabrás todo por boca de un amigo”.

—Toma, Calipo —añadió luego Mircia; — engañale con astucia, porque parece asustadizo como un ciervo, y si sospecha el lazo no querrá seguirte: ¡Corre! ¡corre! Ya sabes: junto al lago y a la estatua de Artémis, cuando salga la luna.

*
* *

Ya la noche ennegrece el Eter profundo. Las claras constelaciones tiemblan en el cielo como agitadas por un viento divino.

Es la hora del sueño. Sin embargo, la ciudad de Olimpia vela entre las sombras. Un vapor de oro surge en la noche de

la puerta de sus templos, y los aires resuenan con el vocerío de los festines en las tiendas iluminadas.

En el valle, el céfiro que llega del mar atraviesa por instantes las tinieblas, como el velo espectral de alguna divinidad, agitando la llama errante de las antorchas y los negros follajes dormidos.

De pronto, luciente y puro como el hombro divino de una náyade emergiendo de las aguas, asoma sobre el oscuro horizonte el disco de la luna. Sus primeros rayos destacan la cresta de los montes cercanos, y resbalando luego hacia el valle platean la cima vaga de los bosques. Y, como aparece súbitamente en el recuerdo toda una ciudad hace tiempo olvidada, así aparece ahora blanca, bañada de luna, recortando en la noche sus netos perfiles de mármol, la ciudad sagrada de Olimpia.

Era la hora. Aprovechando de la embriaguez de los comensales, adormecidos en los lechos o extendidos como muertos debajo de las mesas, entre las copas volcadas, Mircia envolvióse la cabeza en un velo y abandonó sigilosamente la orgía.

Una vez fuera, el aire puro de la noche refrescó deliciosamente su rostro quemado por el aliento lascivo de los hombres, y algo como una ráfaga etérea y divina descendió de la Naturaleza hasta el fondo de su alma. Al pronto, la imágen de Dryas se levantó ante ella con poder irresistible, y al aspirar los perfumes mágicos que llegaban del bosque, cual si fueran el propio aliento de aquellos labios codiciados, sintió que el deseo corría por sus miembros con la rapidez de la llama en un campo de estío.

La emoción la hizo apresurar el paso. Algunos hombres que tomaban el fresco en los caminos a la luz de la luna chisotábanla suavemente; otros la detenían por la túnica para ofrecerle su dinero; pero ella contestaba siempre con un movimiento soberbio de su cabeza invisible entre la bruma del velo.

Un instante después entraba en la espesura. Las masas de follaje se levantaban como altos escarpamientos a uno y otro lado del camino, donde la maleza vivaz había crecido libremente borrando las sendas. Mircia caminaba, sin embargo, rompiendo las hierbas con sus pies, azuzada por el miedo y con el oído atento a los más tenues rumores.

De pronto llegó hasta ella un gemido ahogado y lúgubre, y sus ojos percibieron al instante, a pocos pasos del camino, una forma humana apoyada en el ancho tronco de una encina. Con veloz movimiento desprendió de sus cabellos la aguja de oro de las hetairas, más temible que un dardo.

El desconocido conservó, sin embargo, su actitud tranquila. Por su aspecto desesperado y sórdido, así como por el desórden lamentable de sus ropas, Mircia reconoció a un vencido del estadio.

Tenía las orejas enormemente hinchadas como los púgiles, el labio despedazado y sangriento, destrozada la garganta por las cinco heridas de una garra humana. — ¡La mano de Dryas! — pensó Mircia sin detenerse. Aquella visión atizó su demencia de amor.

Los follajes se hacían cada vez más espesos, y la cortesana adelantaba con la imaginación llena de visiones fabulosas por medio de aquel bosque poblado para ella de divinidades y prodigios. Sus ojos, dilatados por el pánico, distinguían con la realidad de la vida, en los claros y encrucijadas, danzas de sátiros agitando con sus patas peludas el polvo y la hojarasca de los caminos que al levantarse se plateaban en la bruma luminosa; rondas numerosas de Dríadas y Hamadriadas que, tomadas de la mano y sin despegarse de los troncos, enroscaban hasta las altas copas sus graciosos torbellinos. Todo era lleno de númenes, las lágrimas fecundadoras de la noche, la risa de las fuentes, el aleteo de las aves nocturnas, los perfumes vivos de la selva, el crugir de las cortezas en la sombra. Y Mircia se apresuraba cada vez más, enloquecida por el

miedo, hasta que por fin los árboles se hicieron más escasos, y la claridad de la luna comenzó a filtrar entre las hojas.

El bosque terminaba; en una revuelta del camino sus ojos distinguieron, detrás de las negras ramas, un resplandor. Mircia dió algunos pasos todavía, y bien pronto se abrió ante ella el armonioso valle.

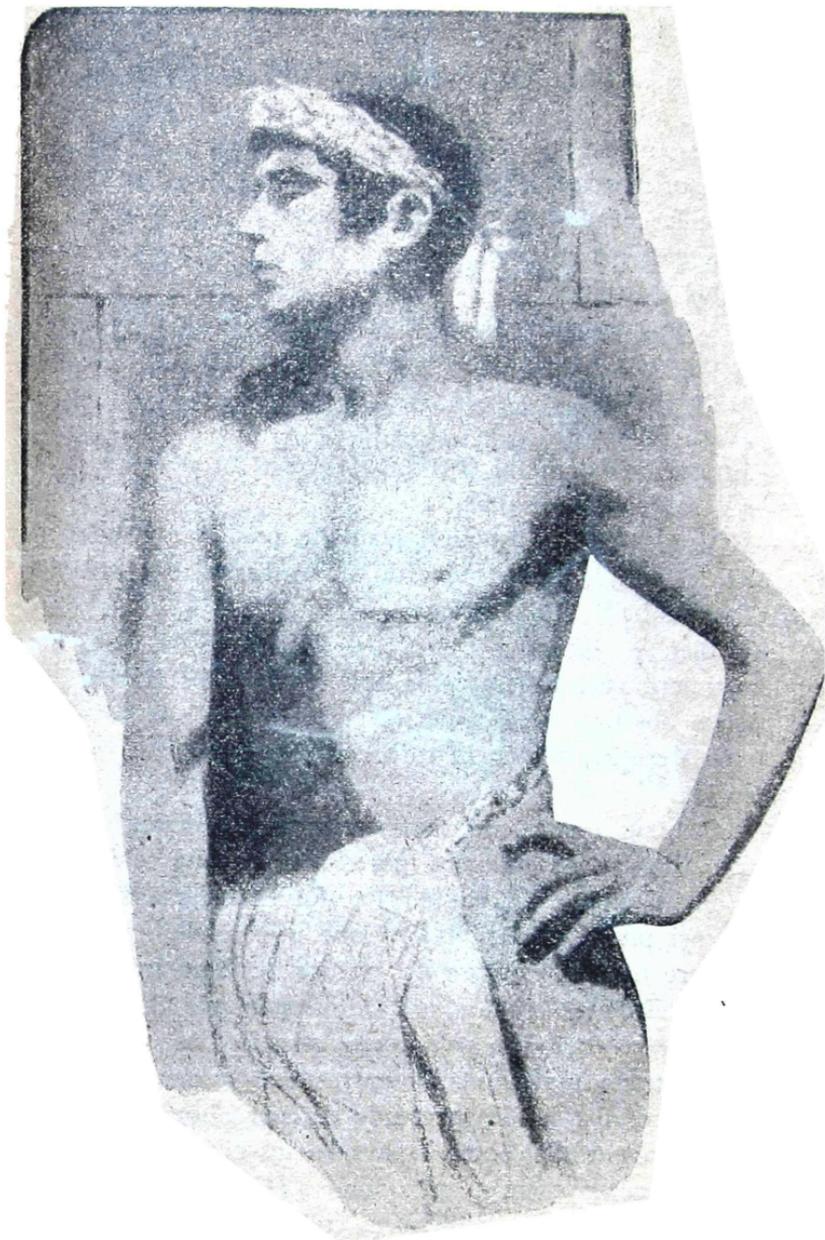
El claro de luna blanquéaba los pequeños templos de mármol en lo alto de los promontorios. Hacia la izquierda, en todo el perfil de una colina, los pinos confundían a una misma altura su negro follaje extendido. En medio del valle, el lago redondo resplandecía cual inmenso escudo bruñido. Todo el bosque resonaba ahora, con el lejano rumor de los himnos y se escuchaba, continuamente, el silbo vibrante de las flautas en la vasta quietud de la noche.

Junto al borde del lago la piedad anónima había colocado una estatua de Artémis. La silvestre diosa corría acompañada de la sierva salvaje en su eterna carrera, descolgando de la aljaba el dardo de la caza.

A algunos pasos, la crecida maleza ocultaba, casi por completo, un viejo banco de mármol, colocado allí para meditar tranquilamente en la pureza divina de la vírgen.

Era el paraje de la cita; Mircia, al acercarse, divisó junto al pedestal de la estatua la figura de un joven que, al escuchar sus pasos, se adelantó hacia ella. — ¡Es él! — balbució brevemente, y el corazón le resonó dentro del pecho como el aleteo de un pájaro.

Era, en efecto, Dryas, que se acercaba con la serena hermosura de un dios. La cortesana dejó caer entonces sobre sus hombros el blanco velo, y su piel luciente brilló como la luna. En seguida, con un movimiento disimulado, ordenó las ondas de sus cabellos y el lino del peplos, cuyos pliegues señalaban la graciosa firmeza de los senos, alzados por la juventud. Ella conocía los más sutiles secretos de su belleza y al pasarse la mano por el rostro sintió su hermosura:



Era en efecto Dyras, de Mesenia, que se acercaba con la serena hermosura de un Dios.

Entonces la brisa de la noche deshojó el rumor de este diálogo.

—¿Eres tú?

—Sí, yo, Mircia.

—¿... Vienes a revelarme una traición?

—¡La gloriosa Mircia!

—¿Qué traición?

Antes de responder la cortesana se sentó en el banco y llamó al efebo con un vago ademán. Dryas, dócil y turbado, obedeció en silencio.

—¿Me conoces?

—En mi ciudad natal se repite a veces tu nombre.

—¿Y sabes algo de mí?

—Retirado en los bosques, poco he podido aprender de las cosas del mundo; pero recuerdo sin embargo, haberte oído llamar la más bella de las griegas.

—Y bien — agregó entonces; — Mircia te ha visto hoy por la primera vez, y desafiando sola y débil los terrores de este bosque oscuro viene a decirte... Aquí su voz se extinguió, y el Mesenio, al ver su turbación, exclamó con ingénuas impaciencia:

—Habla sin miedo, no temas sorprender demasiado mi confianza. Bien sé yo que muy pocos son los que celebran la fortuna de un amigo sin envidiarlo. Revélame cuanto sepas, para que así pueda burlar el lazo que me tienden, y no me ocultes, sobre todo, el nombre del traidor... Será tal vez que el insistente Eubotas trata ahora de vengar mis desdenes, o que Dorcón, envidioso de ver cómo mis flechas alcanzaban siempre a la presa perseguida, mientras que su mano torpe y cobarde no acertaba jamás, pretende detener ahora mis triunfos con alguna perfidia, como espantaba los ciervos en el bosque para que no cayesen en mis manos. ¡Oh, Augusta virgen, la más bella de las que habitan el cielo — agregó entonces levantando los ojos hacia la imagen de Artémis; — tú que de-

rramas la fuerza en el brazo de los atletas puros, haz que se rompan a tu sola mirada los lazos de la envidia, y que mi frente se cubra de nuevo con el olivo salvaje, y te prometo ¡oh, casta hija de Zeus! dar todas mis verdes coronas para tu cabellera de oro, de vuelta a mi ciudad natal!

Éxaltado por sus propias palabras y llena la mirada de fervoroso fuego, Dryas tenía en aquel momento la graciosa majestad de un Hermes, y todo lo que contiene de fuerte, de casto y de dulce a la vez la libre Naturaleza, parecía palpitante como un resplandor divino en su selvática hermosura. Mircia, al mirarle, sintió que la flecha del deseo se removía en su pecho para penetrar más hondamente, y con voz entrecortada exclamó:

—No es una traición lo que vengo a revelarte... ¡es mi amor! Escucha — continuó después, doblando su blanco brazo sobre el cuello del mancebo, como segura de su triunfo. — La hora huye. ¡Mira! Ya Hesperos descende en el cielo inflamando en amor a toda la Naturaleza. ¡Ay de quien desprecie su llama!... Escucha...

Mas el Mesenio le respondía con palabras solemnes:

—Sí, es la hora en que la casta Artémis sube en su carro celeste y recorre los espacios iluminados, con su arco de plata siempre pronto y su túnica resplandeciente de rocío. Su mirada domina ahora las selvas y las montañas; y ¡ay de quien ose profanarlas!...

Aquellas frases austeras como un himno exasperaron a Mircia, quien acercando su rostro al rostro del efebo, y fijando en él sus grandes ojos fascinadores, comenzó a decirle:

—¿No sabes que los hombres más famosos de Corinto y de Atenas se arrastran como esclavos a mis pies, que mi palacio encierra más maravillas que el más rico de los templos? ¡Toda esa gloria, esa riqueza, las dulzuras de mi cuerpo y mi vida entera, todo lo ofrezco ahora por tu amor!...

Al terminar este estallido de pasión, Mircia se oprimió con frenesí sobre el fuerte pecho de Dryas, quien desconcertado y trémulo murmuraba débilmente sintiéndose desfallecer:

—Eres hermosa. ¡oh Mircia! pero ¿cómo podría vencer mañana si me abandonase ahora en tus brazos? ¡Déjame; por los dioses! ¡El calor de tu cuerpo me incendia la sangre y siento que toda mi fuerza escapa en el sudor de mi frente.—Pero la hetaíra, como una experta cazadora, lanzó entonces su flecha decisiva, buscando con los suyos aquellos labios nuevos. Dryas se sintió perdido; una fiebre veloz corrió por su cuerpo como una llama, despertando anhelos ignorados. Siempre que sus ojos encontraban la mirada perturbadora de Mircia, el vértigo estremecía sus miembros, como cuando se asomaba al borde de los abismos en sus carreras por las montañas. Era el filtro irresistible, la flecha de ciprés venenoso, el mal incurable, la ponzoña divina que corría por sus venas desbrochando la virginidad adormida; y mientras la cortesana le deslizaba en el oído su arrullo de Sirena, él hablaba, como un ebrio: — ¡Tu belleza es fatal! ¡Plugiera a los dioses que pudiese borrarla como una pintura funesta! ¡Me roba la fuerza! ¡Seré vencido!...

De repente, al rozar con su mirada la blanca estatua de Artémis, parecióle que la diosa le observaba con ceño terrible, descolgando una saeta de su carcaj para herirle. Entonces, rápido como un ciervo que se desprende de las redes, con un movimiento brusco de los hombros se desligó de aquella mujer que le arrebatava su gloria. En vano hizo Mircia un esfuerzo desesperado para contenerle; aquellos brazos poderosos, que conservaban todavía el aceite agonístico, se escurrieron fácilmente entre sus manos, y el efebo desapareció en el bosque profundo como la visión desvanecida de un sueño.

La hetaíra corrió tras él algunos pasos, y apartando el húmedo follaje hundió su mirada en la obscuridad. El atleta estaba ya lejos y sólo se oía el crugido de las hojas secas bajo

sus pies apresurados. Extraviada Mircia, comenzó a gritar: — ¡Dryas! ¡Dryas! — pero su voz se perdió en la selva, donde sólo respondieron los ecos como burla de las ninfas. Entonces, recogiendo un pliegue de su péplos, enjugó sus ojos, donde ya brotaban las lágrimas.

Así, con el rostro cubierto por sus manos delicadas y la pesada cabellera en desorden, semejante a una figura de estela funeraria, volvió hacia atrás. Al instante, sin que su memoria la llamara, espontánea, vibrante, armoniosa, brotó en su alma, aquella oración de Sapho que tantas veces había entonado en los coros sacros de Corinto: "*Diosa de trono reluciente, Aphrodita inmortal, hija de Zeus, no dejes sucumbir mi corazón...*" y, dejándose caer tristemente sobre el banco, Mircia buscó frenéticamente, con su seno encendido, con su mejilla, con sus brazos febriles el frío del mármol.

Los templos, bañados por la verdosa claridad de la luna, coronaban a lo lejos los altos promontorios.

En medio del valle el lago brillaba como un escudo de plata. Deliciosa frescura llegaba de sus ondas. Los himnos habían cesado, y sólo se escuchaba, en la paz de la noche, la extensa sinfonía de las ranas y, de tiempo en tiempo, el suspiro rústico y lejano de alguna flauta. Acaso un llamado, o vaga señal de pastores...

*

* *

Días después, vestido de púrpura y con el verdéante olivo doblado en torno de la frente, un atleta vencedor guía la cuádriga blanca por el camino de Mesenia.

Sus parientes y amigos le siguen en polvorienta cabalgata. Inmensa muchedumbre los espera en las murallas de la

ciudad. Al pasar bajo la puerta sonora estalla en los aires el estruendo de las aclamaciones.

Siguiendo la calle principal, el cortejo se detiene junto a las gradas de un templo.

El vencedor desciende del carro de hermosas ruedas, y, entre la admiración de todos, depone cuatro coronas de olivo en el aras de Artémis.

Enrique Llaneta.



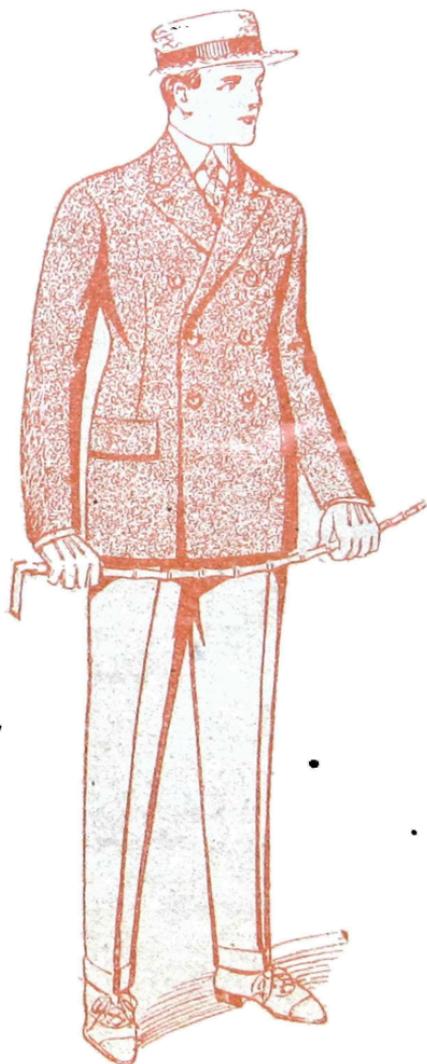
BME. MITRE, 799 esquina ESMERALDA, 101

Unión Tel. 2198, Avenida

SUCURSAL:

"LA MODA DE LONDRES"

Sarmiento 501 esq. San Martín



Nuestros cortadores y la calidad de nuestros casimires son la base de nuestra reputada fama.

Nuestro principal objeto es hacer de cada comprador un cliente fijo. Por lo tanto: **No exigimos seña ni anticipo alguno al ordenar la confeccion de sus trajes.**

Queremos ser sus sastres ahora, para serlo después de sus amigos.

Vea primero nuestras grandiosas vidrieras y cuando necesite un traje pónganos a prueba.

BME. MITRE, 799 esquina ESMERALDA 101